

para por retaguardia lenta y sucesivamente batirla, con objeto de llegar a una interrupción definitiva, sin haber sacrificado tanto elemento que se debería haber cuidado para engrosar constantemente las filas y no haberlo expuesto a la destrucción torpe que ocasionó que las operaciones militares ofensivo-defensivas de las tropas nacionales, tuvieran un interregno tan definitivo, que sólo vuelven a ser dignos de tomarse en cuenta los combates, cuando el ejército francés se retira y podemos adquirir elementos de guerra en los Estados Unidos, al terminarse la guerra separatista.

Para la defensa de Puebla se olvidó mucho de lo que aconsejaba el teniente general prusiano Pittwitz et Gairon —1860. Si el mando mexicano hubiera tenido ese libro a la vista, se hubiera dado cuenta de que Puebla no estaba en condiciones en ser defendida y aunque lo fué muy ariosamente, pero con el peor de los éxitos; con la destrucción de dos Cuerpos de Ejército que llevaban reunido la mayor parte del material de guerra con que se contaba y un núcleo grande de oficiales de todas las jerarquías que se sacrificaron inútilmente.

Desde 1865 ya el general Jomini, que era reputado como un consejero de primera categoría en asuntos de estrategia y de táctica, decía en un folleto de conclusiones:

"Después de diferentes debates se ha llegado a esta conclusión definitiva: El sistema de Wellington es ciertamente bueno para la defensiva." El sistema defensivo maestro de Wellington tuvo su aplicación y resonancia en la campaña de Portugal y ese sistema y no otro, es el que debe desarrollar México al ser invadido por países fuertes.

El General en Jefe había sido caudillo en la guerra de Reforma, título moral que alcanzó en la batalla de Calpulalpan que dió al traste con el Partido Conservador; pero aquel caudillo que obtuvo el triunfo en una batalla de encuentro, como fué la de Calpulalpan, estaba lejos de ser un buen General en Jefe para combatir contra selectos oficiales como traía el ejército francés.

La reclutada enorme del Borrego, que lo separa mucho de que se le considere como un oficial elementalmente hábil, lo vedaba de haber sido nombrado General en Jefe; pero nuestras organizaciones de revuelta obligan a que se conserven en los mandos a personas que con su dirección y su jerarquía han ocasionado a la república serios desastres, que no solamente han originado el sacrificio inútil de elementos, muy dignos de mejor suerte, si no que como en la Guerra Americana, a esos generales se debió en parte la pérdida de una buena parte del territorio; debiendo confesarlo para que se busque el remedio para el porvenir, que esas pérdidas de territorio no ofrecen ni el paliativo de que hayan sido pérdidas con honra.

El gobierno tal vez se volvió a encontrar como cuando decidió dejenar Puebla el año de 1862 y ante su obstinación errónea por necesidad política hubo de nombrar al general González Ortega, que entre otras graves faltas que cometió, es máxima la de no haber sabido o no haber querido combinar en ataque con las tropas del Cuerpo de Ejército del Centro, no obstante la continuada insistencia del general Comonfort para convertir en activa, la penosa defensiva pasiva a que estuvieron sujetas las tropas empeñosamente sacrificadas en la Ciudad de Zaragoza.

De mucho hubiera servido al mando mexicano no leer la brillante obra del general Jomini, escrita el año 1851 en su "Resumen del Arte de la Guerra". Alguna vez he oído decir a alguna persona portadora de galones que nosotros aquí no necesitamos de nada teórico; que aquí nuestros guerrilleros han resuelto las situaciones militares con sólo valor y actividad y cometiendo toda clase de atropellos.

APRECIACIONES SOBRE EL MANDO

Si por el estudio detenido de los hechos militares y de la actuación del general González Ortega, se deduce que estaba muy lejos de poder desempeñar con eficiencia altos mandos, ya al terminar estos modestos apuntes de estudio, he encontrado corroboradas mis apreciaciones por el mismo Presidente Juárez en algunas de sus cartas y en el diario del notable jurista D. José María Iglesias, importante colaborador en el gabinete del tenaz defensor de la nacionalidad y de las instituciones republicanas.

No obstante que el general González Ortega demostró grande ineptitud para colaborar en una maniobra significativa, dejándose sorprender infantilmente en el Borrego y una lamentable y continuada inercia defendiendo Puebla hasta acabar inutilizando todos los elementos de guerra que el gobierno puso a su disposición para combatir al invasor, sin embargo el Presidente Juárez que hubo de errar con frecuencia para decidir sobre quiénes deberían tener los mandos principales en septiembre de 1864 ordenó la formación del "Primer Cuerpo de Ejército de Occidente" confiando el mando al inerte defensor de Puebla.

Los resultados pésimos de tal elección no tardaron en dejarse sentir, pues el 21 de septiembre cerca de Majoma, Durango, perdía el general González Ortega el combate, según las apreciaciones de los miembros más caracterizados del gobierno y la del mismo Presidente, porque el general González Ortega no hizo que tomaran parte en el combate todas las tropas disponibles; pues sólo combatió una pequeña fracción; en tanto que la mayor parte presenciaba los hechos en formación. Esta tropa que tan mal pa-

pel desempeñó por la ineptitud del mando, se retiró sin combatir y ya cuando estaba a diez leguas de distancia del enemigo, mil quinientos infantes sin que nadie los persiguiera, por la falta de mando y de disciplina, por culpa del General en Jefe por su descuido, o por despecho, dicen otros, se desbandaron dando un bochornoso ejemplo, de lo que significa, que las tropas carezcan de jefe.

El general González Ortega se exhibió como pésimo militar, cuando en vez de estar al lado del gobierno que servía, en circunstancias graves para la suerte del gobierno republicano y con pretextos que lo señalaron como uno de tantos que procura aprovechar el carácter militar para hacerse Presidente, engañó a su gobierno, se fué al extranjero a mover la cuestión política—le interesaba adquirir la Presidencia de la República— y lastimando su aptitud militar pretextó que al solicitar irse a los Estados Unidos, era para buscar descanso y aliento y para reanimar su espíritu que se encontraba muy abatido, tarde ya, puesto que su falta de aptitud militar, fué la transmisora para originar los descabros que sufrieron las tropas a sus órdenes bajo la estrella del caudillo de la guerra civil, opacada por la falta de conocimientos para llevar a cabo con éxito, una guerra, que ya no iba a ser a la que estaba acostumbrado, a esa pequeña guerra, que ha formado inúmeros caudillos y muy pocos militares, que ha cerrado entre nosotros el brazo del Jefe del Gobierno o de la facción, que mañana se convierte en el desleal que derrumba hombres e instituciones, según convenga a los intereses personalistas del arribeño y de su grupo.

El Presidente Juárez llegó a formarse triste concepto, pero justísimo y atinado de muchos de sus generales y aunque tarde, en 1865, cuando ya se había dado cuenta de la ineptitud manifiesta del general Negrete y de su desobediencia al gobierno, al referirse al general Escobedo, decía en una de sus cartas que ni él, ni Naranjo, ni Treviño; eran todavía generales de División. Al referirse a los divisionarios decía: "Estos, con muy raras y honrosas excepciones ya no pueden sufrir las penalidades de la campaña y por esto se ve que unos se someten al yugo extranjero, otros van a descansar en país extraño a la vez que su patria lucha contra sus opresores; y otros hacen poco y de mala gana".

El general Negrete esquivando el combate con el coronel Brincourt en la Angostura, en cuyo lugar estaba perfectamente situado y sus tropas a cubierto y alguna buena parte tras de trincheras abrigos, es un ejemplo de lo mal que lo hacían nuestros generales. Las tropas de Brincourt entraron al cerco que se les había formado, habían caído en la ratonera: llegaron a estar a tiro efectivo de fusil y como Brincourt notara que nadie hacía

fuego, recapacitó y trepó sobre una loma para ver si descubría al enemigo. Con sus anteojos de campaña se dió cuenta del cerco en que estaban sus tropas y ordenó la retirada y cuando aquellas tropas estaban lejos del alcance del tiro de cañón, el general Negrete ordenó el fuego de artillería por la derecha. . . El general Negrete emprendió la retirada desobedeciendo las órdenes del Gobierno, que le había reiterado instrucciones para que por ningún motivo regresara a Chihuahua.

Con estos y otros actos verificados por nuestros Generales que harto han costado a la Nación, muy justamente el Presidente Juárez expresaba en una de sus cartas "que se habían conseguido éxitos contra el invasor no obstante la defección, cansancio o ineptitud de la mayor parte de los generales". . . El General Negrete después de su falta gravísima de la Angostura, cometió la equivocación de decir al gobierno que se retiraba a la vida privada, y decía el Presidente, y esto lo hace no obstante tener el título de General de División y puede agregarse que esto no es ni aceptable ni de concederse a un militar durante una invasión y es extraño también que se haya tenido la complacencia de no mandar procesar a quienes de una manera tan flagrante faltaban al deber militar".

En esta campaña en mayor escala, hubo Generales que descolaron por su apego al deber, por la rectitud de su carácter, por la constancia para servir al Gobierno; pero como en la campaña de 1846-48, se perdiere elementos de guerra de importancia y se sacrificó inútilmente a un grueso núcleo de oficiales y de soldados, por el manejo torpe, ignorante y muchas veces equivocado de nuestros Generales, muchos de ellos llenos de galardones en las continuadas luchas entre hermanos, en que jugaron el principal papel la utilización de los elementos armados que deberían haber estado exclusivamente al servicio de la nación y que por la ambición de nuestros políticos llenos de perversidad y de malicia y por la falta de conciencia de los altos mandos, han arrastrado al elemento para prestar servicios a las personas.

La falta de carácter de los dos generales que mandaron en Puebla, se manifiesta en aquel sitio, memorable de heroicidades grandes de nuestros oficiales y soldados y de inerte exposición del mando mexicano.

Y si para el Gobierno fué inesperada la caída de Puebla, para quienes algo sabían de militar y para algunos de aquellos Generales ya que a poco de encerrarse en Puebla se dieron cuenta de que por parte del Comandante en Jefe se carecía de todas esas virtudes que se añan a un general competente. El gobierno en una explicación de carácter político, que publicó en las *Revistas Históricas* el sabio Ministro Lic. D. José María Iglesias, se vió

constreñido a explicar por qué no se defendía México diciendo textualmente: "que se abandonaba la idea por que no se habían concluido las fortificaciones, no se contaba con el número necesario de cañones, que la fuerza armada era exigua, que no se había hecho acopio de víveres, ni de lo indispensable para v. vir.

¿Y qué podría decirse del carácter del Jefe del Estado Mayor, que muy pronto perdió las que deberían haber sido sus convicciones de soldado? prisionero a Francia, fué uno de los primeros que reconocieron al imperio y ya en el año de 1866 figuró en el Gobierno del archiduque Maximiliano como Prefecto de la ciudad de México. Ese general por complacencia del General en Jefe fué el cerebro director en el sitio de Puebla y quien, opinó y por su comisión, el que arrastró con su vehemencia y con su talento a la mayor parte de los generales para que opinaran contra la salida de las tropas y en favor de la rendición de la plaza. ¿No estará este caso de rendición de una plaza, después de una Junta de Guerra, en el analizado con sapiencia por el general Bonaparte, al referirse a las Juntas de Guerra? . . . ¿No procuraría el general Mendoza seguir el camino que más le conviniera? . . . ¿Con su anterior actitud no es aventurado pensar así?

¿Pero a qué se debería principalmente la equivocación del Presidente al señalar como Comandante en Jefe a un general improvisado que ya había dado amplia manifestación de su ineptitud militar? . . . A la necesidad que han tenido nuestros gobernantes de conservar en los mandos a los guerreros de fortuna, que son los que han podido controlar a la masa armada, ya que el caudillaje ha substituído a la disciplina. Y esos caudillos que han sostenido al gobierno por conveniencia, en tanto escalan los altos grados, son los que tarde o temprano han faltado a las más elementales virtudes del soldado. El caso era el del general González Ortega y no se detuvo en pretender escalar la Presidencia aún cuando hubieran de peligrar las instituciones republicanas y liberales que él había sostenido con lealtad durante los tres años históricos que nos hablan de la revolución iniciada con el plan de Ayutla.

El General Berriozábal en carta de 12 de abril de 1863 decía: "Ya escribo al señor Presidente y me tomo la libertad de indicarle prevenga terminantemente al General Ortega que defienda hasta el último momento, pero que de ninguna manera, capitular; si no que cuando llegue el caso de que absolutamente no pueda defenderse en la plaza, a todo trance se abra paso y salve cuantos elementos pueda, pues mucho me temo que este señor prefiera, llegado el caso, hacer una capitulación sin salvar nada. Sería bueno que Ud. influyera para que obrara en ese sentido."

El general Berriozábal opinaba dentro de lo que debe opi-

nar un General que tenga conciencia de lo que significaba el grado y la obligación que tiene de cuidar los elementos puestos a su cuidado. Nada elocuente es la conducta militar del General en Jefe, que dió lugar a exhibir la heroicidad y el valor de nuestros oficiales y soldados, pero que destruyendo todos los elementos tan preciados para un país que, como el nuestro estaba desarmado para repeler una invasión, se faltaba a la obligación única, eminente y patriótica de seguirlos conservando, para no llegar al caso penoso de que se suspendieran las hostilidades y el gobierno emprendiera la retirada escoltado por elementos insignificantes.

Esa conducta torpe del mando en Puebla, dió origen a que los espíritus que vacilaban, disgustados por ambiciones con el Jefe del Estado, definieran de una vez su actitud con perjuicio de la causa nacional, y uno de ellos el gobernador de Nuevo León, quien si se hubiera resuelto, se apodera del Presidente y de su escasa escolta que lo siguió hasta el Paso del Norte.

Juárez poderoso no hubiera sido desconocido por los jefes militares de relativa firmeza. Esto está basado en la idiosincrasia nuestra de partidos y partidarios.

Puede estarse seguro que la opinión de muchos de los generales, como la de Felipe B. Berriozábal y Porfirio Díaz, Ignacio Mejía y Pedro Hinojosa era adversa a que la plaza sucumbiera, y aunque causara extrañeza la decisión tomando en cuenta la reconocida competencia de otros de los generales, no debe extrañarnos sin embargo, porque conociendo lo que significa la influencia poderosa de la jerarquía, ya por esta circunstancia, por la amistad o por la superioridad del caudillo vencedor en Calpulalpan, sólo los caracteres excepcionales no cedieron ante las ideas a que se inclinaron los comandantes principales.

El general Mejía en su autobiografía dice: "Mi opinión fué que reuniéramos toda nuestra fuerza y cargáramos sobre un punto de la circunvalación frente a la sierra de la Malinche en que seríamos más fuertes que el enemigo; si lográbamos salvar en todo o la mayor parte de nuestro Ejército. Así opinaron también los generales D. Porfirio Díaz y D. Felipe B. Berriozábal; pero la mayoría optó por la opinión del general Mendoza y en consecuencia quedamos sin garantías a la disposición del enemigo.

La no meditada conclusión para rendir Puebla descuidó hechos, que por haberse verificado, eran el mentor más concluyente contra las supuestas razones de los generales y el núcleo que se adhirió a la situación de pasividad a que se sujetó el General en Jefe, pretendió disculpar la indebida pasividad sacrificadora de hombres y material, absurdos que se sostuvieron en la Junta de Guerra, llegándose a asegurar bajo su firma, que

nunca se pudo salir de Puebla. (Mentis O'Horán saliendo con reducido elemento.)

La renación de una plaza amerita siempre una averiguación, y hasta el proceso del General en Jefe pero en los países de caudillaje no se puede hacer esta debida depuración por razones que no se ocultan y es por eso que posteriormente los actuantes superiores de esas renaciones han podido lograr no sólo que no se juzguen los hechos, como debiera ser, sino que hasta se rodean las narraciones y los relatos de los escritores de la época, con aureolados y alabanzas que están muy lejos de merecer, cuando sin provecho se sacrifican los oficiales, soldados y elementos que la nación de buena fe confía a sus generales, de quienes por aceptar una jerarquía tan significativa y que tanto le cuesta, tiene todo el derecho para exigir siquiera lo que profesionalmente tienen obligación de hacer las medianías.

En las Juntas de Guerra, de naturaleza de las reunidas en Puebla, el General en Jefe pretende declinar la responsabilidad o busca cuando menos repartirla entre sus subalternos.

Napoleón ha dicho a este respecto:

"Las juntas de guerra y las discusiones dan origen a lo que ha sucedido en todos los siglos con semejante marcha; tomar el peor partido, que casi siempre en la guerra es el más cobarde, o si se quiere, el más prudente. La verdadera discreción de un general consiste en tomar una determinación enérgica."

Naturalmente que la apreciación Napoleónica para el caso heroico de Puebla sólo lo conceptúo aplicable dentro del término sostenido, apoyado intensamente por el General Jefe del Estado Mayor, con el respaldo de la opinión de la mayoría de los generales y con la franca negativa de los de esa jerarquía Ignacio Mejía, Pedro Hinojosa, Felipe B. Berriozábal y Porfirio Díaz.

El Príncipe Eugenio dijo que "sólo reunía Consejo de Guerra cuando no tenía ganas de batirse, pues de una docena de personas que lo componen siempre hay ocho que tampoco las tienen".

El general español Alvarez Castro en caso difícil estampó en uno de sus bandos: "Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular, pero si el jefe superior cree que ha llegado el momento de hacerlo, basta para que a nadie sea lícito expresar lo contrario".

Hay aficionados a las dulzuras del mando, pero que no quieren sus huesos; el que acepta las unas, debe aceptar los otros y el que no se sienta con fuerzas para aceptar responsabilidades, puede dejar la carrera de las armas.

El Comandante en Jefe debe ser el único responsable de la rendición, capitulación, etc., si aceptamos como axiomáticas las frases de Napoleón, Guillermo y Príncipe Eugenio, en todos los

casos ha de imponer las resoluciones que acepte a paisanos y militares, prohibiendo sobre todo a los primeros que con su pusilanimidad traten de abatir el ánimo de los segundos.

Fueron tantas las indebidas entregas de plazas, que ya anotaba la historia militar por decisión, en juntas de generales, que el Gobierno español elevó a precepto legal el decreto de la Regencia de 13 de abril de 1811:

"Un precepto antiguo establecía que en caso de unanimidad para capitulación en consejo de jefes, se junte, después la clase de capitanes y sucesivamente la de tenientes y subtenientes, de forma que si un solo oficial opinase por continuar la defensa, tome esto, aunque sea el último de la guarnición, por el mismo hecho, el mando con la propia autoridad que el Gobernador o Comandante".

No se trata al hacer este ensayo de criterio militar exclusivo, de apocar la patriótica y abnegada defensa de Puebla de Zaragoza en 1863, ni restar en lo más mínimo a los méritos contraídos por nuestros oficiales hasta romper las armas y destruir los cañones obedeciendo las órdenes del Comandante en Jefe.

El ensayo pretende llegar a dos conclusiones dentro del carabón absolutamente militar, como es seguramente al que deben sujetarse las operaciones de guerra. Que fué un error defender Puebla y que a todo trance deberían haberse salvado el mayor número de elementos, y no hacerlos sucumbir, ya que así se hallaba reunido lo más selecto, en cuanto a personal y lo mejor en cuanto a elementos de guerra.

Hay la constancia oficial de que el gobierno, dió orden terminante al general González Ortega en el sentido de que salvara el mayor número de elementos y el agotamiento de municiones que se explotó en la Junta de Guerra, en vez de ser atenuante es agravante contra la pericia del General en Jefe que debería estar atento para romper el sitio antes de no poderlo hacer por la falta de municiones.

MOTIVOS DEL DESASTRE

Los mejores elementos de guerra con que contaba la república, se perdieron en Puebla. Eran escasos, incompletos y muy lejos de estar elementalmente con la época, pues jamás se pudieron satisfacer los abastecimientos, por las continuas necesidades criadas por las revoluciones iniciadas con razones o con pretextos, para derrumbar gobiernos, o para nutrir las continuadas rebeliones del elemento armado. El mando se había confiado a dos generales que habían sido caudillos en los periodos de lucha intestina, hasta entonces el estado normal nuestro, uno, la



El patriota Gral. Ignacio Comonfort, Comandante del Cuerpo de Ejército de Occidente, derrotado en San Lorenzo por las tropas francesas que asediaban Puebla.—1863.

primera figura de la revolución de Ayutla y el otro el vencedor del partido reaccionario en el definitivo encuentro de Calpulalpan y caudillos entonces, dejaron de serlo: El general Comonfort derrotado fácilmente en San Lorenzo y el general González Ortega sucumbiendo en Puebla con pérdidas irreparables para la Nación, como resultado de una inactividad inconcebible.

Perdido el combate de San Lorenzo y sin la menor esperanza de recibir elementos de boca y de guerra para seguir sosteniendo el sitio en que como mexicanos y como patriotas se inmortalizaron oficiales y soldados, el general González Ortega convocó a una junta de guerra, quien después de hacer una exposición somera de lo que había hecho el mando, les dijo: "Que en las instrucciones que últimamente había recibido del Gobierno, se le prevenía, que cuando le faltaran municiones a la plaza de boca y guerra o alguno de estos dos elementos, rompiera el cerco para salvar todo el material de guerra posible y muy especialmente al personal del Cuerpo de Ejército"... pero que había una condición previa en las mismas instrucciones, la de que cuando fuera indispensable practicar esta operación concurrieran ambos Cuerpos de Ejército y que como ignoraba dónde se encontraba el otro Cuerpo de Ejército concluía pidiendo opiniones.

Si en Cuautla se hubiera meditado tomando en cuenta los elementos con que se contaba y si hubiera habido Junta de Generales, seguramente que el Ejército insurgente sucumbe allí antes que intentar la portentosa salida que el Gran Morelos verificó con sólo tres mil hombres combatiendo contra doce mil que lo sitiaban, de tropas de las más disciplinadas, aguerridas y llevando a su frente a un general español de grande prestigio en esos tiempos.

El general en jefe debería haber tomado una decisión resuelta, el Gobierno ya había cambiado de opinión; ya no le exigía que defendiera Puebla a toda costa, sino que antes al contrario ya se le ordenaba que salvara los elementos de guerra y al personal del Cuerpo de Ejército.

El general Santibáñez dice a propósito del final del sitio: "la rendición de la plaza de Puebla fué un golpe mortal dado a la República por la mano del destino, tanto más sensible cuanto que todos los elementos de defensa habían sucumbido gloriosamente frente al enemigo extranjero".

No fué la mano del destino la que ocasionó ese glorioso desastre: fué la torpeza inaudita del alto mando de la República; fué la falta total de labor estratégica del general González Ortega que no sabía hacer más que encerrarse en una plaza hasta sucumbir y que con una junta de guerra de esas vituperadas y abolidas por Napoleón I, justificó la falta imperdonable

de no haber hecho una salida antes de carecer de municiones, para remediar el craso error de pretender la defensa de una plaza que carecía del apoyo de otra fuerte militarmente y de un ejército auxiliar, organizado y disciplinado capaz de contender en campo raso con tropas militares prestigiadas. No era fácil que se repitiera el caso del 5 de mayo tan gloriosamente llevado a cabo por la fe inmensa del general Zaragoza.

Con este disparate militar el Gobierno perdía toda la línea de Oriente; quedaba en poder de las tropas invasoras la zona de operaciones que forman los dos valles paralelos de México y de Puebla; quedaba asegurada la línea de comunicaciones con el primer puerto mexicano y la República perdió durante la invasión la aduana de Veracruz por donde se hacían todas las internaciones que significaban mucho para el provecho nacional.

Una equivocación completa del general Ortega fué creer que los franceses volverían a atacar Puebla en la misma forma inconsciente, antimilitar e insensata, como el efectuado por las tropas del general Lorencez en 1862.

El general González Ortega tenía seguramente muchas cualidades que podían haberlo hecho un guerrero afortunado, un buen militar; quienes lo conocieron hablaban de su energía, de su valor y de su actividad; pero todas estas cualidades ante su ignorancia militar manifiesta, no fueron bastantes para sacar partido de los desaciertos del general Forey.

La apatía e ignorancia del general González Ortega se manifestó clara y terminantemente cuando el 16 de marzo de 1863 la columna francesa protectora de la vanguardia, al llegar a Manzanillo no encontraba facilidades para buscar su colocación. El general en jefe se dió cuenta de la situación difícil de aquella columna y a reiteradas insinuaciones del competente coronel Colombres llegó a dar orden para que 10,000 hombres salieran a batirla.

La influencia del general González de Mendoza, detuvo a aquella columna que ya se ponía en marcha y la que si hubiera batido a los adversarios en condiciones ventajosas, como eran las que le ofrecían, se hubieran cambiado favorablemente las características de la defensa.

El capitán Loizillón se quedó admirado de que los mexicanos no hubieran salido a batirlos, cuando dificultosamente por la topografía de los alrededores, los franceses al ir efectuando la circunvalación se diseminaban y desorganizaban. Lo que para ellos fué una marcha peligrosa, para nuestras tropas, oportunidad brillante que no supo aprovechar el mando. Las tropas mexicanas no deberían haber sucumbido en Puebla después del ataque de Santa Inés; la moral adversaria estaba deprimida y

en cambio muy enardecido el ánimo de nuestros valientes y heroicos defensores.

Los franceses erróneamente no habían construido alrededor de Puebla líneas de circunvalación y contravalación; sólo establecieron obras discontinuas. Se tuvo noticia que el efectivo del ejército sitiador había sufrido un descalabro, y que las bajas, por diversos motivos eran numerosas.

Esta vez se decidió a salir el general González Ortega, pero cometió el error de consultarlo a su Jefe de Estado Mayor y a otros generales.

Se perdió la oportunidad de haber obtenido una gloria militar grande, salvando tropas y elementos, que al sucumbir Puebla, una parte fué a engrosar las filas de los cuerpos aliados al mando del general Márquez.

No se puede formar concepto completo de las aptitudes de un general para la campaña, sino con los hechos, que habiendo dado su resultado, pertenecen al juicio de sus conciudadanos siendo entonces, cuando esos juicios entran a formar parte de la historia del país.

HEROICIDADES DE NUESTROS MEXICANOS

Es un episodio grande de gloria y de honor militar, la defensa que supieron hacer nuestros soldados del Convento de Santa Inés, habiendo merecido su defensor el coronel D. Miguel Auza el título de valiente entre los valientes que le concedió el propio general en jefe.

El coronel Auza recibió orden de defender el punto y en la orden se le decía: "que sean cuales fue en las pérdidas que se resentan, defienda usted el punto hasta rechazar al enemigo o caer muerto o prisionero con la fuerza de su mando".

El coronel Auza ya herido se negaba a retirarse después de la grandiosa defensa hecha en Santa Inés y hubo de retirarse por la reiterada orden del Comandante en Jefe que lo obligó a que fuera a curarse de las contusiones que sufrió al quedar enterrado entre los escombros. El general Santibañez asegura que los franceses pelearon como leones y que los que quedaron prisioneros, pisaban ya sobre cerca de cuatrocientos cadáveres de sus compañeros de infortunio.

El general Comonfort, cuando se verificaba la última faz del combate de San Lorenzo, quiso lanzarse a la cabeza de cuatrocientos caballos sobre el enemigo seguramente buscando una muerte gloriosa en sacrificio indebido, agobiado por los pesares, por los suspiros y por las intrigas que aun frente al enemigo extranjero esgrimian algunos de nuestros malos mexicanos. El

general O'Horán tomando la rienda del caballo, el general Echeagaray asiéndolo del brazo derecho y el coronel Cañedo por el izquierdo, impidieron aquel supremo arranque de desesperación del antiguo caudillo. Así fué arrancado del terreno ya ocupado por el enemigo aquel valiente general que derramó copioso llanto de rabia y de dolor amargo.

En la Junta de Guerra el general González Ortega, informaba a los demás generales que "el Gobierno le prevenía, que cuando le faltaran municiones a la plaza de boca y guerra, o alguno de estos dos elementos, rompiera el sitio para salvar todo el material de guerra y muy especialmente al personal del Cuerpo de Ejército de su mando".

El General en Jefe se acogió a la decisión de una Junta de Guerra, en la que su opinión predominaría, hábilmente presentada por el Jefe del Estado Mayor Mendoza, por el comandante de la Artillería y por el general Mejía, quienes agregaron a lo resuelto que "jamás habían creído que ha habido un día en que haya sido oportuno que salga de la plaza, abandonándola, el Cuerpo de Ejército de Oriente".

Los demás generales expresaban que opinaban por la rendición "porque no se había dispuesto la salida del Cuerpo de Ejército de Oriente en tiempo oportuno".

El general O'Horán con su caballería da el mentís más grande a la determinación final y el general en jefe olvidó que entre sus oficiales, generales y superiores los había en buen número que habrían desempeñado bravamente el papel que por el Gran Morelos le fué encomendado al intrépido Galeana en la vanguardia del Ejército Insurgente para romper el sitio de Cuautla.

Dice el general Dumas en su compendio de los acontecimientos militares: "Es menester no equivocarse: el ingenio sin el estudio y la meditación podrá producir ventajas, pero serán pasajeras".

Napoleón redujo a un pequeño número de axiomas los resultados de su experiencia. ¿Pero quiere esto decir que no haya reglas para vencer? y las máximas que dieron tantas victorias a Napoleón por qué no han de servir a los que las sigan? La historia posterior a 1792 enseña que los ejércitos que han cometido las mismas faltas han sido castigados con iguales reveses.

SEGUN EL CAPITAN NIOX...

El capitán Niox juiciosamente habla de la moral del soldado mexicano, exaltada por los recuerdos del 5 de mayo; en aquella acción se les había enseñado que podían vencer a los primeros soldados del mundo; los oficiales mexicanos se mostraban en-

tusiastas y resueltos; sin embargo en general había la creencia, seguramente por lo que se sabía respecto a organización y elementos del Cuerpo Expedicionario, muchos oficiales tenían la creencia bien fundada por cierto, de que no podrían resistir indefinidamente a los esfuerzos de los adversarios (Niox) pero abrigaban la firme voluntad de prolongar la resistencia hasta el último momento. "De este lado, dice Niox, el ejército francés avanzaba con la absoluta confianza, que siempre tienen las tropas aguerridas, cuando no se duda de un éxito próximo; pero sus jefes, bien advertidos por la experiencia del ataque precedente, procedían con una prudencia extrema, no dejando nada que se resolviera por el azar".

Aquella larga temporada de inamovilidad de las tropas en Veracruz; su marcha lenta y con todo género de precauciones, hasta obtener todos sus esfuerzos en todas las armas y servicios para completar la idea desarrollada por el general Forey y sus muy competentes generales, debería haber sido un toque de advertencia para el mando nuestro, ya que para contrarrestar con éxito la nueva tentativa del ejército expedicionario, a hora meditada, lógica y cuidando hasta en sus menores detalles la aplicación de los principios estratégicos; pero no encerrándose en una plaza donde ya llevaban la seguridad de no poder resistir indefinidamente el ataque de los adversarios, la que iba a tener como auxiliar para combatir a campo raso, un Cuerpo de Ejército mal organizado, mal disciplinado y seguramente, que como pasó, pronto a desbandarse ante el empuje resuelto y metódico de tropas veteranas acostumbradas a combatir en campo raso y dirigidas y conducidas por muy competentes oficiales. Debería de haberse tenido desde el principio, la plena seguridad de que las tropas encerradas en Puebla pronto perderían su línea de comunicaciones, que el Gobierno por la falta de patriotismo ante el invasor, no podría, como no pudo, mandar elementos de boca de guerra que faltaron antes de lo que se supuso, no obstante el anuncio del general González Ortega al gobierno de que contaba con un número grande de caballos y de acémilas (8,000) entre unos y otros.

Niox dice que la defensa a la villa fué hecha por 6 ó 7,000 hombres... ¿y dónde se podría colocar ese efectivo?... Se hizo con toda energía en el terreno ocupado por un Batallón de Zapadores, pero el vigor del ataque triunfó de todas las resistencias.

Dada la gran extensión que cubrían las tropas, y la distancia a que se encontraban no era posible que ocurriera la mayor parte al combate y esto sin tomar en cuenta la mala calidad de los núcleos, que como se ha visto ni siquiera combatieron, dando penoso y reprochable ejemplo la caballería mandada por el ge-